LEANDRO PÉREZ

Kolia

TENGO CATORCE AÑOS

MIDO 2 METROS

MI DESTINO: LA NBA

Planeta

Leandro Pérez

Kolia

Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Leandro Pérez, 2019
Autor representado por Dos Passos Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2019
Depósito legal: B. 9.031-2019
ISBN: 978-84-08-20929-4
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Limpergraf
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

I
SUEÑOS Y PESADILLAS

1. Tres tiros libres 15
2. Prórroga 26
3. El mejor domingo de mi vida 33
4. La ecuación de Vega 38
5. Seleccionado 53
6. De cien… a cero 74
7. El parche 83

II
RECONQUISTAS

8. Pirata 99
9. Bloqueado 117
10. Sampedros 137
11. Vacaciones de verano 158
12. Uno de los grandes 176
13. La reconquista 195
14. El debut 213

1

TRES TIROS LIBRES

@soykolia

Soy Kolia, tengo catorce años, por ahora mido dos metros y quiero jugar en la NBA.

Espera, espera: esta historia, mi historia, no debería empezar así. Empiezo otra vez, ¿vale?

Me llamo Jon Kolic, aunque me llaman Kolia, y sueño con jugar en la NBA. Y tengo catorce años: soy un chico, un adolescente, lo que quieras decir, pero ya no soy un niño. Y cuando digo que quiero jugar en la NBA, con los mejores jugadores del mundo, no sueño despierto. Con suerte, con muchísima suerte, claro, llegaré allí cuando tenga diecinueve años. Pero mi ilusión no terminará si tengo que esperar hasta que cumpla veinticinco o treinta tacos. Seguiré luchando. Y trabajando. Y divirtiéndome.

Me encanta el baloncesto, aunque mi vida no gira del todo alrededor del balón, no. Amo el baloncesto más que casi nada en este mundo. Pero ese *casi* es muy importante. Ese *casi* tiene la sonrisa más encantadora del universo y se llama Vega.

Vega, debo aclarar, todavía no es mi novia. Ni un ligue ni nada por el estilo. Por ahora es solo una amiga, mejor di-

cho, la hermana de uno de mis compañeros de equipo. Me flipa, cuando la veo me convierto en el picaflor más torpe y atontado de este planeta, pero sé que la conquistaré tarde o temprano. Bueno, ojalá que sea temprano ;-)

Pero ahora Vega, aunque esté en la grada animándonos, y la NBA, mis dos sueños, quedan muy lejos. Ahora solo importa lo que va a pasar en los próximos segundos.

Ahora solo importa el juego. Esta no es una final cualquiera. Estamos disputando la final del campeonato de España cadete en Lleida. Con mi equipo, el Tizona de Burgos, la revelación del torneo, contra el gran favorito, el Madrid.

Y perdemos de dos.

Y presionan como locos.

Me persigue un perro de presa: Yemi Ondo, un nigeriano un poco más alto que yo y, además, fuerte y rápido. Como defiende de maravilla, podría plantarme junto a la línea de fondo y dejar que otro se la juegue. Pero eso no va conmigo. Así que hago una finta y corro para recibir el último balón. El que arde. Por fin, cuando queda menos de un segundo, al salir de un bloqueo cae en mis manos. Pero estoy muy lejos del aro, de la zona, del lugar donde soy más fuerte. Estoy a siete metros de la canasta. Al otro lado de la línea de los tres puntos.

No queda otra. ¡No hay tiempo! Me levanto para lanzar un triple…, aunque Yemi intenta taponarme y apenas me deja saltar.

De todas maneras consigo tirar, pero no toco ni el tablero.

El árbitro, menos mal, pita falta. En acción de tiro.

Con menos de un segundo para el final, el partido casi ha terminado. Otro *casi,* como Vega. Un *casi* decisivo: tengo tres tiros libres para ganar la final. Claro, y para perderla.

Primer tiro libre

Cinco segundos para lanzar el primer tiro libre. Tiempo suficiente para recordar mi vida a toda velocidad, como los moribundos que ven la luz blanca al final del túnel. Y para imaginar mi futuro. En la NBA. Y con Vega, claro.

Pero no hay tiempo. Nunca hay tiempo.

El baloncesto es un juego de equipo, pero a veces el éxito o el fracaso recaen en un solo jugador. Y hoy puede ser un gran día. O un día terrible. Sí, soy la estrella del equipo… y también la que puede estrellarse.

Boto el balón tres veces, despacio, como siempre.

Fundo y disuelvo los gritos de ánimo y los abucheos, no oigo nada, ni falta que hace.

Miro al aro.

Inspiro.

Poso las yemas de los dedos con mimo, sin prisa, en el balón.

Flexiono las rodillas,

suelto el aire y…

¡lanzo a canasta!

Aro pasado

El balón rota, ha ascendido rumbo a la canasta sin parar de girar. El primer tiro libre, en una serie de tres, es clave. No puedo fallarlo. Si no entra, ya no podemos ganar. Como mucho, si meto los dos restantes, empataríamos el partido, nos iríamos a la prórroga, pero para morir ahí, porque estamos fundidos.

Por fortuna, el balón va bien centrado, tiene que entrar. Y, antes de que llegue al aro, mi madre ya lo ve dentro.

—¡Bien, Kolia, bien! —la oigo gritar a mi espalda.

Desde que recuerdo, en el colegio solo los profesores me llaman por mi nombre, Jon, o por mi apellido, Kolic. En mi primera camiseta con dorsal y nombre en la espalda, con ocho o nueve años, ya pusieron *Kolia*.

Hace unos meses Carmelo, el profesor de Literatura, me preguntó si había leído *Los hermanos Karamazov,* de Dostoievski, un escritor ruso. Me contó que en esa novela sale un Kolia. Picado por la curiosidad, sí que la devoré. El baloncesto me flipa, pero los días tienen veinticuatro horas. Me encanta leer. Y escribir, como puedes comprobar aquí y ahora. Pero el personaje de ese libro no tiene nada que ver conmigo. *Kolia*, como es fácil de deducir, viene de *Kolic*, el apellido de una leyenda del básquet: mi padre, Goran Kolic.

Como no se cansa de repetir, mi padre mide «6,6 pies, 2,03 metros sin zapatillas». Pero ahora anda algo encorvado. Esta mañana nos hemos puesto juntos en el cuarto de baño del hotel, descalzos, y ya le saco unos milímetros. En fin, en la Wikipedia nadie encoge, pero ahora mide dos metros pelados, como yo. Allí enumeran su impresionante palmarés como jugador profesional de baloncesto y como entrenador, y destacan que fue uno de los mejores tiradores europeos, «casi tan certero como Drazen Petrovic». (Sí, ese *casi* le escuece, aunque Petrovic fuera su amigo.)

Soy un privilegiado, que conste, por partida doble. He heredado el tiro de mi padre y además los muelles de mi madre. Y unos genes de altura en ambos casos.

Wendy Valdés, mi madre, mide 1,92 metros, aunque cuando se calza los tacones también sube hasta los dos metros.

Por cierto, juego con el número 92 en la camiseta, pero no porque esa sea la altura de mi madre, sino porque mis padres se conocieron en los Juegos Olímpicos celebrados en Barcelona en 1992 y se colgaron sendas medallas de plata.

Mi madre, que ya había ganado el oro en los juegos de 1988 con la URSS, pegando brincos al voleibol. Y mi padre con Croacia, jugando al baloncesto con Petrovic y contra el Dream Team de Michael Jordan, Magic Johnson y Larry Bird.

Mi padre tiraba de maravilla, pero no saltaba gran cosa. Yo en cambio salto mucho, más que cualquiera de mis compañeros de equipo, ya sea de parado o con carrerilla. Soy capaz de reventar el aro a lo bestia, pero todavía no salto tanto como mi madre en sus mejores tiempos. Hay un vídeo en YouTube donde mi madre levita, se suspende en el aire para bloquear los tiros rivales.

Pero no solo salto. Me gusta pivotar, bailar dentro de la zona y tirar de lejos. He tenido, vuelvo a repetir que soy muy afortunado, el mejor maestro.

Sí, mi padre es mi entrenador. Eso casi siempre es bueno.

Mi padre, según él, está en un año sabático. Por eso nos entrena a nosotros, a un equipo de chicos, en vez de a una selección o a un gran club europeo. Aunque una noche le oí decir a mi madre que igual después de esta temporada deja del todo los banquillos. Pero no creo que se jubile. El baloncesto es su vida.

Mientras el primer tiro libre vuela hacia el aro, mi padre, eso no me hace falta verlo, está de pie pegado a la línea. No aguanta sentado ni un segundo en el banquillo, es puro nervio. Entrenando a un equipo, ya sea con figuras o como ahora con chavales, vibra y se cabrea igual. Pero lo sabe todo, y lo transmite como nadie. Y, cómo no, ha convertido el tiro en una de mis mejores armas.

Mi récord de triples seguidos, por ahora, es de veintiuno. En un entrenamiento, vale. En otro hice cuarenta y dos de cincuenta. El vídeo podéis encontrarlo por las redes, hace unos meses se hizo viral, aunque tampoco es para tanto. Sin presión, el aro siempre parece una piscina.

Hoy, en esta final, he tirado cuatro triples y, con fortuna, porque uno ha entrado a tablero, he enchufado dos. Un cincuenta por ciento de acierto, pero muy lejos de mi mejor marca este campeonato, los cinco de siete triples que nos sirvieron para eliminar al Barcelona en la semifinal.

Estoy como un flan, para qué negarlo. Siempre que tiro dejo caer la muñeca, y ahora siento que me tiembla un poco. El primer tiro libre iba bien centrado, sí, menos mal, pero bastante pasado de fuerza. Demasiados nervios. Pega en el aro, salta para arriba y, durante una décima de segundo eterna, sube y sube y el pabellón entero contiene la respiración.

¡Y la suerte me acompaña!

Cae dentro, limpio.

Ya solo perdemos de uno. Pero me quedan dos tiros.

Segundo tiro libre

En cuanto entra el primer tiro libre, el pabellón estalla. Los burgaleses somos minoría, pero como nos enfrentamos al gran favorito, el Madrid, los padres y los jugadores de los otros equipos van con nosotros. Aunque entre los ánimos y los abucheos, cuando el árbitro me lanza el balón solo me quedo con lo que Yemi Ondo, mi defensor, mi rival, suelta justo después de que mis compañeros me choquen las manos:

—Te ha entrado de churro. Ahora vas a cagarla. ¡Porque estás *cagao*!

Demasiada mierda, Yemi.

No me afecta lo que dice. Yo hablo con el balón. Y me toca. Ahora el balón es solo mío. He metido el primer tiro libre. Perdemos ya solo de uno. Y me quedan dos tiros. Y no, no voy a cagarla.

Boto tres veces. Sin prisa. Tranquilo. Miro al aro. Inspiro. Flexiono las rodillas. Soplo. Lanzo el balón. ¡Y entra! ¡Empate!

¡Y tengo un tiro libre para ganar el partido!

Vega

En cuanto el balón cae al suelo, nuestra afición estalla de nuevo. ¡Con ese segundo tiro libre ya estamos empatados! Mis compañeros me chocan las manos y me animan, mientras Yemi y el resto de los jugadores del Madrid miran para otro lado. Sí, se ven perdidos. ¡Ya lo tengo! Si meto el tercero, ganamos. Los padres del equipo, qué bueno, vuelven a conquistar el pabellón con tres golpes de tambor. Como en la semifinal contra el Barça (ese día el padre de Antón, nuestro base, acabó con ampollas en los dedos de tanto pegarle al tambor), durante todo el partido nos han impulsado con sus ánimos. Pum, pum, pum, retumba, y luego gritan: «¡Burgos, Burgos, Burgos!».

Ya lo tengo. Casi lo tengo, mejor dicho. Pero, de repente, justo cuando el árbitro va a pasarme la pelota, los padres dejan de animar y entonces oigo un grito de Vega:

—¡Vamos, Kolia!

Uf, cómo decirlo. No, no salgo con ella. Pero entre ella y yo comienza a haber algo especial. Que me anime así lo demuestra, ¿no?

Todo empezó hace unos dos meses, un sábado de finales de invierno. Cuando Llou invitó por su cumpleaños a todo el equipo. Desde el principio de la temporada ya me había fijado, ciego no soy, cuando Vega había ido a ver algún partido nuestro. Pero Llou, su hermano, ese cumpleaños soltó delante de todos que ella y yo éramos los más pequeños, los únicos que estamos en tercero de ESO y, no sé cómo, nos pusimos

a hablar y a hablar y ya no nos separamos en toda la tarde. Y desde entonces hasta ahora apenas la había vuelto a ver, aunque no había dejado de acordarme de ella.

(Abro un paréntesis, como suele decir Carmelo, el profe de Literatura. Recuerdo muy bien, como si fuera ahora mismo, la primera vez que vi a Vega. Un domingo por la tarde, antes de un partido, estábamos a la entrada del polideportivo esperando a que subieran la verja. Estaba hablando con Ramón cuando un coche encontró un sitio libre junto al paso de cebra y aparcó. Llou salió el primero y de cuatro zancadas vino hasta nosotros. Pero luego se abrieron las otras puertas y aparecieron sus padres y una chica rubia y delgada a la que apenas pude ver el rostro, que nos miró de refilón y enseguida cruzó la carretera con sus padres. Vega. Uf, me gustó todo de ella. Sus andares, esa mirada que nos había echado, su melena… Me quedé atontado, Llou y Ramón no se dieron cuenta, pero el reloj casi se detuvo. Como suelen hacer otros familiares mientras preparamos el partido, sus padres y ella tiraron hacia una cafetería despacio, a lo suyo, y yo, cautivado, hechizado, no dejé de contemplarla. Al rato la perdí de vista, entramos en el pabellón, comenzamos a correr y, bueno, podría decir que se rompió el hechizo, pero la verdad es que esa tarde lo pasé mejor en el banquillo fijándome en ella, mirando las gradas más que las canastas, que mientras estaba jugando. Desde entonces no he dejado de pensar en ella.)

Aquí en Lleida, por suerte, Vega y yo nos hemos visto bastante. Durante este campeonato, las familias de los jugadores y el equipo hemos estado pasando bastante tiempo juntos, y Vega y yo hemos podido conocernos un poco más, sobre todo cuando los padres no andaban por los alrededores.

No es que sea guapa guapísima, que lo es, y simpática. Es que Vega, cómo decirlo, es encantadora. En Burgos usamos

mucho el *majo* por aquí y por allí. Cualquier cosa es maja. Pero es que ella es majísima.

Según Katy, mi hermana, se ve a la legua que estoy pillado por ella.

Justo después del cumpleaños de Llou, un domingo mientras desayunábamos, Katy me dijo, y encima delante de mis padres, que me veía raro:

—¿Te ha pasado algo?

Debí de ponerme muy rojo, o qué sé yo. Dije que estaba bien, bastante apurado, pero luego se metió en mi cuarto y, esta vez sin que mis padres estuvieran delante, insistió y se lo conté.

Me gustó decírselo, la verdad, el flechazo me había dejado alelado, sin saber qué hacer. Katy me aconsejó que tuviera calma, que me hiciera amigo de Vega, que no intentara a saco ligar con ella porque esa suele ser la manera más rápida de llevarse un planchazo. Pero al día siguiente se lo contó a mis padres, como quien no quiere la cosa.

Mi madre había hecho albóndigas. Otras veces me zampo una docena, aunque tampoco me atiborro, es que las prepara pequeñas. Pero ese día no tenía hambre. Y Katy soltó en mitad de la comida:

—Por una vez en su vida, Kolia ha perdido el apetito. ¡Está enamorado!

Katy no quería fastidiarme, qué va. Según ella, tenemos unos padres de diez y merecen que les contemos nuestros problemas. Pero yo me puse como un tomate. Y eso fue solo el principio. ¡De la impresión, mi padre se atragantó con una albóndiga! Desde entonces, no es por nada, mi madre no ha vuelto a hacerlas.

Cuando mi padre se recuperó, después de una tormenta de toses y carraspeos, se armó una buena.

Mi padre no suelta parrafadas. Habla y/o chapurrea me-

dia docena de lenguas, como poco. Así que recuerde: croata, serbio, italiano, inglés, francés y español. Pero en ninguna habla demasiado. «Perro hablador, poco mordedor», dice. Y él, cuando entrena, muerde. Ordena. Así ha triunfado, con órdenes directas, claras.

Pero luego es igual para cualquier otra situación. Después de sobrevivir a la albóndiga, no habló gran cosa, para variar. Aunque no olvido lo que dijo:

—No estás para distracciones. Ya tendrás tiempo. Niños no tienen novia.

No es que soltara esas frases de corrido. Mi madre y Katy intentaron que mi padre se relajara. Yo, que no sabía dónde meterme, tampoco dije demasiado. Estuve en fase tierra, trágame, desaparecido en combate.

Y desde entonces hasta ahora no hemos vuelto a hablar del asunto delante de mi padre. Aunque mi madre, que tiene otro carácter, sí que me entiende. Al lunes siguiente vino al colegio a buscarme en coche, porque estaba diluviando, y me dijo que es lo más normal del mundo que me guste una chica. Y que el amor es algo maravilloso, no una distracción.

—Tu padre y yo nos enamoramos en Barcelona 92, nos conocimos en la Villa Olímpica, y eso no impidió que jugáramos al máximo nivel. Pero no tengas prisa, mi hijito, lo que tenga que pasar pasará, con ella o con otra, tiempo al tiempo.

En fin, vuelvo al partido. Al tercer tiro libre. Fijo que en el banquillo mi padre ha oído el *¡Vamos!* de Vega. Y que le ha fastidiado. Pero a mí me ha encantado.

El árbitro me lanza el balón. En el pabellón sigue retumbando el tambor del padre de Antón. Los padres y los aficionados del Madrid han tardado unos segundos, pero de nuevo vociferan y chillan y tratan de ponerme nervioso.

Pero no, no lo consiguen. Estoy muy tranquilo.

Antes de lanzar el balón, me digo: «Vega, este tiro libre va por ti. Te lo dedico. Y el campeonato». Respiro profundamente. No, no voy a fallar. No puedo fallar. Este tiro libre lo meto sí o sí. Boto, como siempre, tres veces. Y lanzo. Sereno. Seguro.

¡Pero el tiro es horroroso! En cuanto sale de mis manos sé que no va a entrar. Imposible. Va totalmente desviado. Da en el aro de refilón. ¡Qué desastre!

Yemi caza el rebote y se acaba el tiempo. Estamos igual que al principio. Empatados. Nos vamos a la prórroga. Todo o nada en cinco minutos.

Y será nada. Estamos derrengados. Hemos hecho una machada llegando hasta aquí. Ahora nos van a machacar. Por mi culpa. Tenía que haber metido los tres tiros libres. Sí, no soy perfecto.